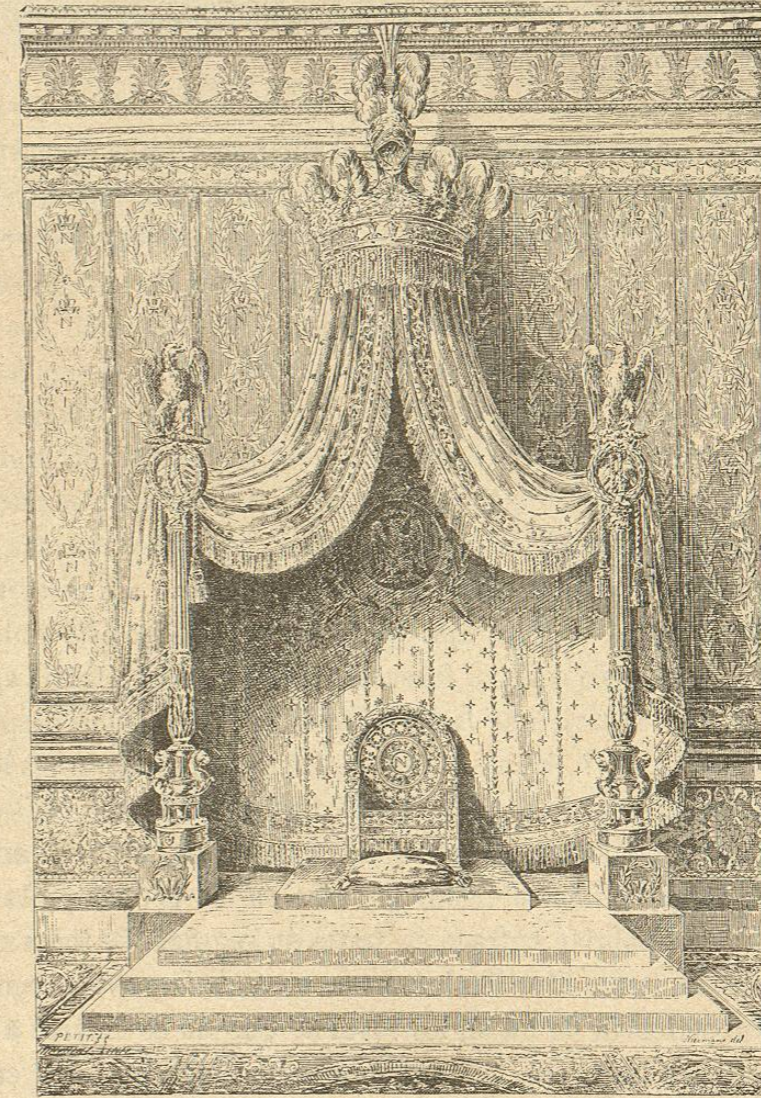


wood. Villeneuve, con algo más de decisión y diligencia, hubiera podido ganar los puertos de Rochefort ó de Brest; pero mal informado sobre el paradero del enemigo y creyéndose amenazado por el Norte por una escuadra poderosa, temió correr á un desastre seguro si se concretaba á obedecer las órdenes terminantes que tenía.

Napoleón, sin perder de vista los sucesos de Europa, continuaba empeñado en su vasto plan, concebido con tanta exactitud como cuidadosamente preparado. Demasiado sabía que estaba á punto de estallar la guerra en el continente, confirmándole respecto á este punto el ofrecimiento hipócrita de mediación que le hizo Austria al pedirle explicaciones sobre sus preparativos militares, y esto constituía una razón de más para verificar la invasión en Inglaterra. Todo estaba prevenido y calculado: no exigía á sus marinos el triunfo, se contentaba sólo con un combate. El implacable enemigo de Francia iba por fin á ser herido en el corazón, y, como consecuencia, la coalición quedaría rota para siempre. Dió, pues, á Villeneuve orden terminante para que á toda costa se presentara en el canal de la Mancha, para distraer un solo día la escuadra inglesa, mientras que la flotilla de Boloña atravesaría el estrecho; pero de pronto, en 13 de Agosto, en su cuartel general de Pont-de-Briques, recibió la noticia de que Villeneuve se había visto obligado á refugiarse en Cádiz.

«Al recibir esta noticia,—refiere el general de Segur en sus *Memorias*,—mandó llamar á Daru; corrió éste al encuentro del Emperador y le halló profundamente agitado, hosco, el sombrero sobre los ojos y la mirada fulminante. Al apereibir á Daru, dirigióse á él diciéndole:—¿Sabéis dónde está ese miserable Villeneuve? Está en Cádiz. ¿Comprendéis?, en Cádiz; ha sido derrotado, se ha retirado á Cádiz y ahora será bloqueado. ¡Vaya un marino! ¡Qué almirante! ¡Cuántos sacrificios inútiles!—Cerca de una hora duró esta explosión de ira y de dolor, á la vez pavorosa y desgarradora, trivial y sublime. Por fin, cuando se hubo desahogado, detúvose de pronto é indicando á Daru una mesa cargada de papeles, le dijo:—Sentaos ahí y escribid;—é inmediatamente, sin transición de ningún género, sin meditación visible, rehaciéndose por un acto de su enérgica voluntad, le dictó el plan de una campaña en que se debían suceder las victorias hasta Ulm, hasta Viena. El ejército se hallaba tendido frente á

las costas en una extensión de más de doscientas leguas; le mandará dar la vuelta y dirigirse hacia el Danubio. No encontrará ya incertidumbres, como en el mar, mortales retrasos y dificultades suscita-

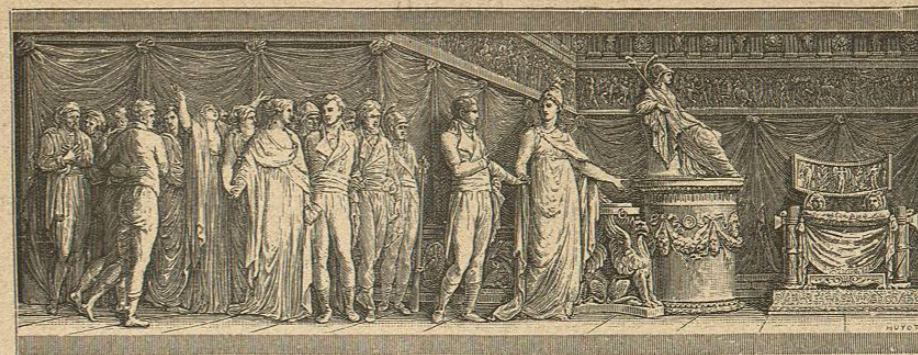


Trono imperial en el palacio de las Tullerías. (Según Percier y Fontaine)

das por jefes irresolutos. Al combinar los movimientos de las grandes masas de su ejército, más bien parecía describirlos: ya veía sus órdenes ejecutadas; su ejército, dividido en varios trozos, formarse en columnas y todas ellas reunirse en el punto indicado en el día y en la hora precisas, fijadas de antemano. En tal punto se sorprenderá al

enemigo, en tal otro se forzará el paso á viva fuerza. Hace más todavía: adivina los movimientos que hará el ejército austriaco, obligado por los suyos, descubre las faltas que cometerán sus adversarios y las incluye en sus cálculos. Dos meses, trescientas leguas y más de doscientos mil enemigos separaban su pensamiento del resultado. Todo se realizó tal como lo había previsto.»

En realidad, fué necesario todo el prodigioso éxito de la campaña de Ulm y de Austerlitz para endulzar el amargor de una decepción tan cruel, y más de una vez el vencedor del Continente lamentó que la cuestión no se hubiese resuelto en la misma Inglaterra. Este proyecto de invasión de un numeroso ejército en la Gran Bretaña presentaba obstáculos verdaderamente excepcionales, pero Napoleón los había previsto y no eran insuperables. Una vez realizado el desembarco, el éxito no era dudoso. El ejército que, en menos de dos años, debía vencer á Austria, Prusia y Rusia, no podría encontrar en Inglaterra fuerza suficiente para detenerle. Si el gobierno inglés no se resignaba á firmar inmediatamente la paz en Londres, no le quedaba más recurso que retirarse á Escocia para dar tiempo á Nelson á que cortase el camino de Francia á Napoleón. ¿Qué hubiera hecho éste entonces, bloqueado en una isla como si fuese una plaza fuerte? ¿Hubría apelado á las ideas democráticas que la Revolución francesa había despertado en el pueblo inglés? ¿Hubiera reorganizado el país y fundado una nueva dinastía, como lo hiciera en otro tiempo Guillermo *el Conquistador*? Cuestiones son éstas sobre las cuales cabe discurrir ampliamente sin llegar á una solución. Por otra parte, lo más probable es que los ingleses habrían entrado en tratos en seguida. De todos modos, «la posteridad, como dice Jomini en su *Arte de la guerra*, lamentará, para experiencia de los siglos futuros, que no se llevase á cabo, ó á lo menos se intentase, tan extraordinaria empresa... Sin embargo, nuestros nietos encontrarán en los preparativos que se hicieron para aquel desembarco, una de las lecciones más interesantes que este siglo memorable nos ofrece, para estudio de los militares y de los hombres de Estado. El conjunto de los trabajos de todas clases realizados en las costas de Francia desde 1803 á 1805, constituye una de las más grandes empresas debidas á la actividad, la previsión y el talento de Napoleón.»



Napoleón proclamado Emperador. (Pintura mural de Appiani en Milán.)

CAPITULO II

CAMPAÑA DE 1805

EL GRANDE EJÉRCITO.—ULM.—TRAFALGAR.—AUSTERLITZ.—PREBURGO.—MUERTE DE PITT.

El Grande-Ejército que guarnecía desde algunos meses atrás el campamento de Boloña, partió, pues, en dirección de Alemania. Constituíalo la masa más considerable de tropas francesas existente á la sazón, y á esta superioridad numérica debió en un principio el título de *Grande-Ejército*, que se le concedió para distinguirlo de los pequeños cuerpos que operaban aisladamente; pero sus maravillosos triunfos y el conjunto incomparable de condiciones militares que le caracterizó, hicieron que esta denominación tomase un sentido puramente moral. Nunca lo mereció más que en 1805.

Aunque aguerrido ya hacía tiempo, en las maniobras del campo de Boloña adquirió aquella flexibilidad, disciplina y perfecta subordinación que debían convertirle en el primer ejército del mundo. «En las campañas de 1802 y 1806,—decía el mariscal Bugeaud, que en Austerlitz llevaba la mochila de granadero,—el aspecto del ejército era magnífico y presentaba extraordinaria cohesión. Abundaban en él los elementos de fuerza y acción; se habían aprovechado los años